ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Conferencia

CENTENARIO DE LA ASOCIACIÓN VALLISOLETANA DE AYUDA A LA ANCIANIDAD Y A LA INFANCIA

Pobrezas del siglo XXI

25 de octubre de 2007

Introducción

Permítanme introducir una cuestión que puede ayudar a comprender el título global de mi intervención: ¿Cómo entender que la Iglesia, por un lado, luche contra la pobreza, y se esfuerce por exhortar a sus hijos y a los poderes públicos y sociales para que se atienda a los pobres, y por otro, aconseje la pobreza e incluso a los consagrados les invite a hacer un voto o promesa de pobreza (junto con la castidad y la obediencia)? Intentemos aclarar todo esto.

Lo primero que hay que decir es que en el Antiguo Testamento se encuentra, en efecto, una doble postura frente a los bienes económicos y la riqueza en general:

El Antiguo Testamento enseña la bondad fundamental de toda la creación y, en consecuencia, ve en el disfrute apacible de sus bienes una positiva bendición de Dios. Así se puede ver, por ejemplo, en las bendiciones de los patriarcas judíos, los hijos de Jacob, en Gn 49.

Pero ocurrirá muy pronto, con la instalación de Israel en la Tierra Prometida, que las riquezas se convertirán para los israelitas, como para los demás hombres y mujeres, en ocasión de una idolatría al

La pobreza, pues, cuando es aceptada o buscada con espíritu religioso, predispone al reconocimiento y la aceptación del orden de la creación; en esta perspectiva, el ”rico” es aquel que pone su confianza en las cosas que posee más que en Dios, el hombre y la mujer que se hacen fuertes mediante las obras de sus manos y que confían sólo en esta fuerza. La pobreza se eleva a valor moral cuando se manifiesta como humilde disposición y apertura a Dios, confianza en Él. Estas actitudes hacen al ser humano capaz de reconocer lo relativo de los bienes económicos y de tratarlos como dones divinos que hay que administrar y compartir, porque la propiedad originaria de todos los bienes pertenece a Dios.

Jesús, por lo tanto, asume toda la tradición del Antiguo Testamento sobre los bienes económicos, sobre la pobreza y la riqueza, pero para ello Cristo, infundiendo su Espíritu y cambiando los corazones, instaura el ”Reino de Dios”, que hace posible una nueva convivencia en la justicia, en la fraternidad, en la solidaridad y en el compartir. Lo que decimos los cristianos es que el Reino inaugurado por Cristo perfecciona la bondad originaria de la creación y de la actividad humana, herida por el pecado. Todo hombre o mujer puede continuar la obra de Jesucristo con la ayuda de su Espíritu: hacer justicia a los pobres, liberar a los oprimidos, consolar a los afligidos, buscar activamente un nuevo orden social, en el que se ofrezcan soluciones adecuadas a la pobreza material y se contrarresten más eficazmente las fuerzas que obstaculizan los intentos de los más débiles para liberarse de una condición de miseria y esclavitud.

1. Pobreza en Valladolid

Algunos datos nos están diciendo que existe pobreza en Valladolid: se dan 110 comidas diarias en el comedor junto al Calderón; las 45 plazas del albergue municipal se llenan; 120 personas van a desayunar cada día a Cáritas diocesana en la calle José María Lacort; vemos personas mendigando; leemos noticias en prensa de muertes llamativas; hay todavía algo de chabolismo y algunos casos llamativos de ancianos en situación precaria están a la vista.

determinados derechos sociales, por ejemplo, lo que afecta a educación y sanidad. Educación y sanidad que, en mi opinión, tienen un excelente nivel entre nosotros.

Pobreza y falta de derechos llevan con frecuencia a falta de identificación con el proyecto social y comunitario de la sociedad en que se vive. Estas personas sienten que la sociedad no es la suya, lo cual genera un déficit de legitimación democrático, tal vez en niveles no muy altos, pero que lleva consigo en esas personas pobreza y absentismo electoral y, por ello, no participación en el sistema democrático.

Un trabajo legal no quiere decir que siempre genere los medios económicos suficientes para una existencia digna. Son trabajadores pobres aquellos que trabajando dentro de la legalidad no son capaces de obtener, sin embargo, unos recursos adecuados para vivir.

Existe entre nosotros un peligro potencial, al vivir en una sociedad muy competitiva: el fracaso escolar. Este grave deterioro en los chicos que estudian, que alcanza hasta un 32 %, habla por sí solo. Tenemos chicos con 19 años aprendiendo a multiplicar.

Aparece, además, el problema de la vivienda, problema de nuestro tiempo, que en ocasiones es más problemático que el paro. Se puede hablar en estos momentos de tasa de exclusión residencial: un 22 % de la población no podrán acceder a una vivienda digna. Una consecuencia del problema de la vivienda es que las ciudades, entre ellas Valladolid, producen el ”efecto expulsión” de la misma ciudad, pues los pisos, aunque caros, son más baratos en el alfoz que en la ciudad.

B. Pobreza e inmigración

El boom de la inmigración es fenómeno muy reciente. Pero marroquíes y portugueses llegaron a España hace ya 25 años. La intensidad fuerte llega —especialmente desde 1999— con la llegada de búlgaros, rumanos, ecuatorianos y otros iberoamericanos, y norteafricanos con los subsaharianos. Piensen que se considera que hay en España 3,8 millones de inmigrantes, a los que hay que añadir 1,2 de inmigrantes irregulares (sin papeles). Esos 5 millones son justamente el doble de la población de Castilla y León.

¿Es realmente España un país pluricultural? Bueno, creo que no se pueden hacer afirmaciones rotun-

En todos estos temas de pobreza, cárceles, inmigrantes, toxicomanía, es preciso no olvidar las enormes desigualdades entre los diversos países de nuestro planeta, o entre países con un desarrollo económico y social y otros que no saben qué es esta realidad. También se habla de Tercer y Primer Mundo, o de mundialización/globalización de la economía. Yo no puedo entrar en todos los detalles de este enorme tema. Tampoco me considero apto para desarrollarlo. Pero si puedo afirmar algunas cosas, pues para eso han querido ustedes que les hable esta tarde, siendo el Obispo de esta Iglesia.

No debemos olvidar que la violencia que en ocasiones vemos por los MCS, y que sucede tantas veces en los países del Sur o del Tercer Mundo no es casual: es la consecuencia del desmoronamiento de las estructuras estatales de esos países dependientes y del abandono de zonas enteras de nuestro mundo a la anarquía social. Esa violencia se produce porque la convivencia entre las personas está afectada seriamente por el hambre, la falta de futuro, de desarrollo, producida muchas veces por desequilibrios mundiales, gobiernos corruptos, indefensión de los más pobres...

Está también el eterno problema de la deuda externa de los países pobres, que es también complejísimo, pero real. ¿Y qué me dicen ustedes de la política de las multinacionales farmacéuticas? que, por los precios altísimos, impiden el acceso a los medicamentos de tanta gente, dañando lógicamente su salud, pero también la garantía del derecho a la salud, que nos parece tan lógico en nuestro país.

Ahí está también el acceso a la educación, que es uno de los Objetivos del Milenio fijado en los organismos internacionales, y por el cual están luchando las organizaciones católicas como Cáritas o Manos Unidas. Podíamos incluso hablar de la globalización del trabajo cualificado. ¿Dónde van los hombres y mujeres mejor preparados? Normalmente de los países con menos fuerza económica a los países más ricos, que pueden pagarlos. Lo cual tiene unas consecuencias negativas en dos vertientes: fuga de cerebros y abaratamiento del trabajo no cualificado en países como China, Indonesia, Corea del Sur y otros del Tercer Mundo con una mano de obra muy barata. Ustedes han oído hablar igualmente del calentamiento climático. Algunos piensan que se exagera, pero es una verdad incómoda para los países más industrializados. Pero hemos de hablar también de soluciones, no únicamente de problemas.

En julio de 2007, el arzobispo Silvano Tomasi, observador permanente de la Santa Sede ante la

definitiva, la pobreza, en sus diversas formas y consecuencias, se caracteriza por un crecimiento desigual y no reconoce a cada pueblo el «*igual derecho a sentarse en la mesa del banquete común*» (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 33).

La lucha contra la pobreza encuentra una fuerte motivación en la opción preferencial de la Iglesia por los pobres, dijo Juan Pablo II en la conferencia de Puebla (28-1-1979). Me gustaría que muchos más cristianos, y también quienes no se sienten vinculados a la Iglesia, o se han alejado de ella, conocieran la riqueza de su enseñanza social, y como no se cansa de confirmar principios fundamentales como *el destino universal de los bienes*, *el principio de solidaridad*, que invita a todos a ponerse en acción contra la pobreza, y *el principio de subsidiariedad*, gracias al cual es posible estimular el espíritu de iniciativa, base fundamental de todo desarrollo socioeconómico en los mismos países pobres. Por cierto, a los pobres se les debe mirar «*no como un problema, sino como los que pueden llegar a ser sujetos y protagonistas de un futuro nuevo y más humano para todo el mundo*» (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000, 14).

Podemos hablar igualmente de una serie de principios cristianos sobre la vida económica, la riqueza y la pobreza. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento aparece cómo la disponibilidad de bienes materiales considerados necesarios es algo bueno; los bienes económicos y la riqueza no son condenados por sí mismos, sino por su mal uso. Por eso, a la luz de la Revelación de Dios, la actividad económica en su conjunto ha de considerarse y ejercerse como una respuesta agradecida a Dios. Pero la actividad económica y el progreso material deben ponerse al servicio del hombre y de la sociedad. Las riquezas, pues, realizan su función de servicio al ser humano cuando son destinadas a producir beneficios para los demás y para la sociedad, porque la riqueza existe para ser compartida.

La Doctrina Social de la Iglesia insiste en que la economía debe tener una connotación moral; es necesario así que actividad económica y comportamiento moral se compenetren y no estén separados, porque la dimensión moral de la economía hace entender que la eficiencia económica y la promoción de un desarrollo solidario de la humanidad han de ir unidos. De lo contrario, un capitalismo salvaje irá en contra del ser humano, como ocurre tantas veces en nuestro mundo globalizado. Se puede entender un

Todos estos principios son muy válidos, qué duda cabe, y aplicarlos adecuadamente significaría un enorme cambio en nuestro mundo, para nivelar y así luchar contra la pobreza. Pero los principios son verdades que deben ser vividas por personas concretas, pues si el sujeto no está sano, los principios no valen por sí mismos. Por esta razón, prefiero acabar mis palabras, y no cansarles más, indicando dos cosas: la necesidad, sí, de conocer la Doctrina Social de la Iglesia y su Compendio, que es un estupendo instrumento; y citar una homilía preciosa de Benedicto XVI el domingo 23-9-2007 en la plaza de la catedral de Velletri (Italia), que muestra que Jesús no empieza por los principios al enseñar, sino dirigiéndose a la persona concreta en su situación real. He aquí las palabras del Papa:

«*Queridos hermanos y hermanas, sé que os habéis preparado para mi visita con un intenso camino espiritual, adoptando como lema un versículo muy significativo de 1 Jn: "Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en Él" (1Jn 4,16)*. Deus caritas est*, Dios es amor: con estas palabras comienza mi primera encíclica, que atañe al centro de nuestra fe: la imagen cristiana de Dios y la consiguiente imagen del hombre y su camino. (...) Hemos conocido el amor: ésta es la esencia del cristianismo (...), hace que el creyente y la comunidad cristiana sean fermento de esperanza y de paz en todas partes, prestando atención en especial a las necesidades de los pobres y desamparados. Esta es nuestra misión común: ser fermento de esperanza y de paz porque creemos en el amor. El amor hace vivir a la Iglesia, y puesto que es eterno, la hace vivir siempre, hasta el final de los tiempos.*

En los domingos pasados, san Lucas, el evangelista que más se preocupa de mostrar el amor que Jesús siente por los pobres, nos ha ofrecido varios puntos de reflexión sobre los peligros de un apego excesivo al dinero, a los bienes materiales y a todo lo que impide vivir en plenitud nuestra vocación, y amar a Dios y a los hermanos.

También hoy, con una parábola que suscita en nosotros cierta sorpresa porque en ella se habla de un administrador injusto, al que se alaba (cf. Lc 16,1-13), analizando a fondo, el Señor nos da una enseñanza seria y muy saludable. Como siempre, el Señor toma como punto de partida sucesos de la crónica diaria: habla de un administrador que está a punto de ser despedido por gestión fraudulenta de los negocios de su amo y, para asegurarse su futuro, con astucia trata de negociar con los deudores. Ciertamente es injusto,